

blo le aplaudió, y el acusador se sintió confundido. No procuraré buscar mejor argumento en la cuestion del poder de las llaves. Lutero dice que la palabra de la institucion se dirige á las leyes. Agustin niega; ¿á quién creereis? Lutero dice sí; Beda no; ¿á quién creereis? Lutero dice sí; la Iglesia se levanta en masa y dice no; ¿á quién creereis?»

No continuaremos en este terreno. Procuraremos seguir con órden la historia del heresiarca.

## CAPITULO VII.

Matrimonio de Lutero.—Adriano VI, sucesor del papa Leon, felicita á Erasmo por haber combatido los errores del apóstata.—Nuevos libros publicados por Lutero.—Entrevista de Lutero y Carlostadio.—Decadencia del catolicismo en Alemania.—Cuadro delineado por M. Audin.—Su parecido con lo que hemos presenciado en España.

Vamos á ocuparnos del hecho más escandaloso de la vida del fraile apóstata; es la parte verdaderamente cómica de aquella vida desordenada. Lutero, como monje, estaba consagrado á Dios, habiendo hecho voto de perpétua castidad al pié de los altares. Sin embargo, el que habia hecho traicion á todos sus deberes, que se mofaba de la autoridad del sumo pontífice, que contradecía los principales dogmas del catolicismo, no tuvo la menor dificultad en dar al traste con sus votos religiosos para dar rienda suelta á sus pasiones. Se habia enamorado de una religiosa alemana, de noble nacimiento, y determinó hacerla su esposa, mejor diremos su concubina, porque no podia haber entre ellos verdadero matrimonio. Ganoso en llevar á cabo su sacrilego propósito, la noche misma del viernes santo (1525), hizo rotar del claustro á aquella religiosa junto con otras ocho compañe-

ras, tan débiles como ella. La circunstancia del día en que se verificó el escandaloso raptó, le dió márgen para compararlo con la libertad de las almas que Jesucristo sacó del limbo en aquel mismo día. Todo hace pensar que Lutero se burlaba de los misterios de la religion. De otro modo no se hubiese atrevido á hacer semejante comparacion.

«Pareció sin embargo, dice un escritor, que la misma vergüenza de este matrimonio perjudicó en algo á la celebridad de las bodas. El ministro, un abogado y un pintor, fueron los únicos convidados del esposo, el cual dió su convite á la hora de cenar, sin decir una palabra á sus amigos.»

Necesariamente el matrimonio contraído entre un fraile y una monja era un suceso extraordinario que no podia ménos de meter mucho ruido en la ciudad. Lutero ya no estaba solo en el camino de la fatal Reforma: eran muchos los que habian seguido su ejemplo tanto en el clero como en el pueblo. Unos le alababan, otros le satirizaban, quiénes componian versos dedicados al asunto, y hasta el gobernador de Wittemberg le felicitó enviándole un regalo de boda, lo que imitó el municipio de la ciudad, que le ofreció dos preciosos anillos.

Al acontecimiento de la boda del reformador siguió el de su presentacion en público llevando del brazo á su esposa (1). Las gentes corrian tras ellos, y las ventanas de las casas que estaban en las calles del tránsito se veian ocupadas por personas que deseaban contemplar aquella extraña pareja.

(1) Le damos impropriamente este título, pues no era otra cosa que una concubina, porque no podia haber verdadero matrimonio, segun ya hemos dicho.

Antes que Lutero habian dado el mismo paso de contraer matrimonio otros eclesiásticos, entre ellos Carlostadio, que rayaba en la ancianidad, y Wolfgang. Este último no sólo no presentó á su mujer en público, sino que ni aun se atrevia á salir á la calle porque era objeto de las burlas del pueblo. Lo más extraño es que Lutero habia desaprobado las bodas de aquellos, y sin embargo no tardó en imitarlos.

Jesucristo ha dicho que el árbol malo no puede dar buen fruto, y así lo ha dejado consignado en el Evangelio: ¿qué fruto, pues, habia de dar la llamada Reforma, siendo obra de Lutero? El abrió la puerta á todos los excesos, santificando con su palabra y su ejemplo todo lo que la religion condena, y condenando todo lo que la religion santifica. Las uniones ilícitas, los incestos se multiplicaron, y la Alemania cayó en el estado de la mayor abyeccion posible. De tal modo cundió la inmoralidad y merced á ella el crimen, que el mismo reformador pronunció desde el púlpito de Wittemberg estas frases que forman el mejor panegirico de él y de su Reforma: «Desde que hemos predicado nuestra doctrina, el mundo se hace de día en día más malo, más impío, más descarado. Los diablos se precipitan en legiones sobre los hombres, los cuales á la pura luz del Evangelio son más ambiciosos, más impúdicos, más detestables de lo que eran en otro tiempo bajo el papado. Paisanos rústicos y nobles, gentes de todos estados, desde el más grande al más pequeño, no se encuentra donde quiera más que avaricia, intemperancia, crápula, impureza, desórdenes vergonzosos (1).»

(1) Serm. 1555.

¿Cómo es que el poderoso emperador Carlos V no hizo esfuerzos para contener á Lutero en sus desórdenes, evitando el que precipitara á la Alemania en el abismo de la rebelion y del cisma? Es muy sencillo. Carlos habia pedido permiso al papa Leon para conservar el reino de España con el imperio, lo que le fué otorgado, y esto produjo una guerra. Las constituciones de aquella época prohibian terminantemente acumular dos posesiones; pero á pesar de esto el papa Leon habia otorgado el permiso á Carlos por que este le habia hecho formal promesa de contener á Lutero, lo que podia hacer con más facilidad que Francisco I. Mas como se suscitase la guerra entre ambos monarcas, con grave daño para ambos reinos, hé aquí el que el emperador teniendo que fijar toda su atencion en aquella lucha, desatendiese los asuntos respectivos á la religion, lo que favoreció en gran manera al escandaloso apóstata.

El papa Leon murió con el sentimiento de haber visto extenderse la herejia en Alemania sin haberla podido contener, sucediéndole en el solio pontificio Adriano VI, alemán de nacimiento y obispo á la sazón de Tortosa en España, dignidad á que habia sido elevado por Carlos V, del que habia sido preceptor.

Erasmus habia combatido con energia los errores de Lutero, y el nuevo papa le llamó á su lado y le felicitó por aquel concepto,

En ocasion en que Lutero se hallaba retirado en el castillo de Westberg, Carlostadio se habia declarado jefe del partido y como tal habia destruido las imágenes de Wittenberg, suprimido la elevacion del santísimo Sacramento,

y al mismo tiempo hizo otras innovaciones. Esto dió causa á Lutero para un gran resentimiento. Todo aquello lo habria hecho él con la misma osadia que Carlostadio, pero reprendió á este severamente, por la sola razon de haberlo hecho sin consentimiento suyo, pues que queria ser reconocido como único jefe de la secta. Dijo á Carlostadio que habia obrado precipitadamente y sin mision alguna. ¿De quién la habia recibido Lutero? Grandes disturbios hubo, pues, entre ambos herejes, puesto que se disputaban la funesta gloria de quién podia causar más daño á la Iglesia y al Pontificado.

En un punto se veia perplejo Lutero, cual era en el dogma de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristia. No encontraba medios para negarlo, pues que no daban lugar á tergiversaciones ni á sutilezas de ninguna clase estas palabras del Evangelio: *Este es mi Cuerpo; esta es mi Sangre.* ¿Qué hizo, pues? No encontrando medios para combatir ó negar, estableció un absurdo sistema acerca de la empanacion, enseñando con Wiclef que el pan permanece en la Eucaristia, y con los teólogos á los que llamaba sofistas, que existe igualmente el cuerpo del Señor. Así al admitir la presencia real negaba la transustanciacion conservando en la Eucaristia la sustancia del pan. Los discípulos del novador no solamente aceptaron el absurdo sino que lo aumentaron, sosteniendo que esta union del cuerpo y del pan se obraba á la misma manera que en la Encarnacion se habia verificado la union hipostática del Verbo y del hombre, por lo cual podia decirse: «Este pan es Dios.» A tal grado llegaron las desavenencias habidas entre Lutero y

Carlostadio, que este último se vió obligado á retirarse de Wittemberg á Ortemunda, ciudad de Turingia, sujeta aun al elector de Sajonia.

Esta partida de Carlostadio llenó de regocijo á Lutero, pues que le dejaba jefe absoluto de la secta, lo que no podia ménos de halagar su vanidad. Entonces llegó al extremo en sus diatribas contra el papa y la Iglesia, y dió á luz el libro al que dió por título : *Contra el estado falsamente llamado eclesiástico*. En esta nueva produccion de la desdichada pluma del reformador se dirigian los más absurdos ataques contra el episcopado cuyo exterminio deseaba, y tal era su deseo de concluir con la jerarquia eclesiástica que publicó casi al mismo tiempo que la obra que acabamos de citar otro escrito al que llamaba: *Bula de reformación*, en oposicion á la bula: *In cena Domini*, afirmando que todos aquellos que coadyuvasen á abolir el ministerio episcopal serian verdaderamente hijos de Dios, y que por el contrario, todos aquellos que de cualquier manera defendiesen á los obispos, ó los obedeciesen, serian miembros de Satanás. Como puede comprenderse, Lutero para probar la *verdad* de sus palabras se servia de diversos textos de la Escritura tergiversándolos á su manera y explicándolos del modo más absurdo.

El reformador era incansable en el mal ; tras los escritos citados dió á luz otro libro titulado: *Del fisco comun*, con el cual tenia por objeto captarse la voluntad de los príncipes y poderosos para encontrar en ellos apoyo y defensa. Para lograr este fin creyó lo más á propósito despertar en ellos la codicia y manifestarles el modo como podian satisfacerla. Así en su nueva obra les hacia ver que una vez extermina-

dos los obispos, las abadías y todos los conventos, los cuantiosos bienes de su pertenencia debian quedar á disposicion de las potestades temporales en cuyos dominios radicasen. Como quiera que todas sus doctrinas eran tan marcadamente contrarias á la fé católica, se dedicó con la mayor asiduidad á hacer una traduccion de la Biblia en lengua alemana, poniendo un especial cuidado en mutilar ó dar diverso sentido á los textos por los cuales podian condenarse sus enseñanzas mezclando al mismo tiempo mil supercherias. Hizo varias y hermosas ediciones, repartiendo hasta cien mil ejemplares, en los cuales podian necesariamente encontrarse toda clase de argumentos en apoyo de sus ideas. Tal era la fidelidad del que se arrogaba una mision reformadora que á primera vista se comprende que no tenia otro carácter que el de satánica. Escudado con esta arma de tan mala ley salió á predicar por diversos pueblos y se dirigió á Orlemond donde á la sazón se hallaba Carlostadio, diciendo que iba con el objeto «de confundir á aquel Satanás.» Apenas se presentó en aquella poblacion, Carlostadio amotinó al pueblo contra él y le apedrearon y cubrieron de lodo: despues fué á buscarle á la hosteria del Oso Negro, y en este primer conciliábulo de los apóstoles del error se colmaron de injurias : Lutero ofreció á Carlostadio un florin por que escribiese en contra de su opinion, este lo aceptó, mandaron llevar bebidas, brindaron el uno á salud del otro y se despidieron con nuevos insultos y groserias. *Ojalá que le vea enroddado*, dijo el uno.—*Permítame Dios que te rompas la cabeza antes de salir de la ciudad*, contestó el otro. Consideren esto y avergüéncense los hijos de la España católica

que arrastrados por el torrente de la moderna impiedad han hecho traicion á sus principios religiosos, olvidando la pura enseñanza que recibieron de sus mayores, apartándose de la saludable doctrina del Evangelio para afiliarse á las banderas de esa secta tan nauseabunda del protestantismo que tuvo por fundador un apóstata impúdico y grosero, y que en el espacio de tres siglos no ha producido otra cosa que trastornos y agitaciones continuas. Comparen con fria reflexion y no podrán ménos de arrepentirse de su desercion, y acudirán presurosos al regazo de la santa madre la Iglesia católica, apostólica y romana que es la única verdadera, el arca misteriosa que solo puede hacerlos descansar en los altos montes de la gloria. No sería necesario explicar las continuas variaciones del protestantismo, las cien y más sectas en que hoy se halla dividido ni las desgracias y calamidades que ha causado en la Alemania, en Inglaterra y en los demás países donde ha logrado introducirse, para mirar con horror esta secta: para el hombre de sano criterio basta tan solamente la lectura de la asquerosa vida de su fundador. Para nosotros bastarian fijar la atencion en la entrevista de Lutero con Carlostadio que acabamos de explicar, para arrepentirnos de todo corazon si alguna vez hubiésemos tenido la desgracia, de lo que Dios nos ha librado, de estar malcontentos en el seno del catolicismo. Por fortuna son en muy escaso número, como ya creemos haberlo indicado, los católicos españoles que se han dejado seducir por los esfuerzos hechos entre nosotros por los emisarios de las sociedades bíblicas para quebrantar los vínculos que los unian con la Iglesia. El protestantismo se halla

hoy felizmente bastante desacreditado para poder producir nuevas víctimas de sus errores. Atendida esta verdad de todos conocida y los extraordinarios progresos que, segun ya tambien hemos indicado, el catolicismo viene haciendo en Alemania y en la Gran Bretaña donde son tan numerosísimas las conversiones, podemos esperar que en un plazo no muy lejano desaparecerán todas las sectas disidentes, extendiéndose y arraigándose nuevamente el catolicismo en todos los países hoy por ellas dominados.

Aun parecia poco á Lutero el daño que habia causado á la Iglesia y al pontificado con su predicacion y escritos; aun no se hallaba satisfecho aquel monstruo de impiedad con haber atacado todos los dogmas; aun no se habia saciado su sed de destruccion, por lo que publicó otro folleto *contra el celibato*. La doctrina que en él vertia tan favorable para las pasiones, causó *maravillosos* efectos segun la confesion del mismo Erasmo. Los desórdenes á que dió lugar el fatal escrito del novador fueron extraordinarios. Aquella nueva doctrina enseñada por el ya tristemente célebre doctor de Wittenberg, dió por resultado el concubinato, el sacrilegio y toda clase de desórdenes. El ejemplo que así el reformador como otros de sus corifeos habian dado rompiendo los votos monásticos para contraer sacrilegas bodas, tuvo muchos imitadores principalmente desde la publicacion del mencionado escrito, que como todos los que producía su pluma, estaba plagado de los más absurdos sofismas. Eclesiásticos de tan poca virtud como instruccion, se dieron priesa á saltar por encima de las proscripciones canónicas para entregarse á toda clase de excesos. El amor

á los placeres y á los intereses materiales tomó posesion de innumerables corazones.

Hemos dicho anteriormente que Lutero, con el objeto de ganar á los principes y que le ayudasen en la propaganda de sus doctrinas, les excitaba á concluir con los obispos, abades y frailes, manifestándoles que á ellos pertenecian todos los bienes y despojos de los monasterios.

La decadencia del catolicismo en Alemania era una pérdida de mucha consideracion para la Iglesia. En aquella nacion cuyo territorio era inmenso se habia conservado en toda su pureza la fé católica desde que los apóstoles llevaron á ella la luz del Evangelio. No habrá escritor capaz de contradecir con sólidas razones que al clero católico debia toda su grandeza y esplendor. La mayor parte de los obispos eran condes, duques, principes y electores: ligados, por lo tanto, por los vinculos de sangre con las más opulentas familias, é interesados en el engrandecimiento de los pueblos, no se limitaban tan solamente en dirigir al clero y á los demás fieles como pastores de la Iglesia, en procurar la magnificencia en todo lo concerniente al culto divino, sino que eran decididos protectores de las artes y de las ciencias en todos los ramos del saber humano, desplegando en esta parte una generosidad propia de personas de elevada cuna. El clero por su parte habia contribuido mucho al bien general por medio de la enseñanza y del ejemplo de las virtudes. Puede decirse que el vasto territorio de Alemania estaba como sembrado de monasterios que eran centro de las mayores glorias de una nacion que tan fecunda habia sido en buenas obras.

Reservado estaba á Lutero el triste privilegio de cortar de raiz los árboles que producian frutos tan deliciosos, arancando la paz del seno de aquella sociedad y convirtiéndola en una verdadera cueva de ladrones. Empero, sucedió en Alemania lo que acontece siempre en todos los países en que la Iglesia de Dios es despojada de los bienes que legítimamente le pertenecen: los mismos que llevaron á cabo la obra sacrilega enriqueciéndose con tales despojos, se hicieron luego mutuamente la guerra para despojarse á su vez de lo que tan mal habian adquirido.

Hemos dicho que el emperador Carlos V, á pesar de sus buenos deseos y de la formal promesa que habia hecho á Leon X, y en virtud de la cual le permitió unir la corona de España á la del Imperio, no pudo oponerse á la marcha progresiva de la obra destructora de Lutero. El catolicismo se hundia en la Germania, y ¿en qué ocasion? Oigamos á Mr. Audin: «Cuando la mano de Carlos V estaba á doscientas leguas de allí, cumpliendo los destinos de la Providencia; cuando en Alemania todo estaba desorganizado; cuando la autoridad episcopal estaba violentamente atacada; cuando los pueblos creian en la venida de un nuevo Mesias, y el Turco amenazaba destruir la obra de Jesús.

»La palabra de Lutero sembró por todas partes el desorden. A los revoltosos, á los rebeldes contra la autoridad espiritual, les destinaba una corona terrenal, formada de los diamantes, pedrería, oro y plata arrebatados á los conventos, y otra celestial con las beatitudes divinas; una sola bastaba para tentar la codicia de los principes. Los tesoros del claustro se parecian á la semilla sangrienta de Tertu-

liano, y cada día hacían nuevos prosélitos á la Reforma... repetiremos el decir del mismo Lutero, según el cual el viril en que se pone al Señor de manifiesto, es decir, las riquezas de las iglesias, habían hecho muchas conversiones. Si Alberto de Brandeburgo apostató fué por saquear á mansalva el territorio de Prusia, que pertenecía á la orden Teutónica, y que él erigió en reino hereditario, y lo mismo puede asegurarse de Francisco Sickingen, invadiendo el arzobispado de Tréveris, seguido de doce mil bandidos reclutados en los bosques, y cuya huella dejaba ver rastros de sangre.

»En 1550 muchos príncipes tuvieron la osadía de presentarse en la dieta de Augsburgo cubiertos con trajes en que brillaban las joyas de los conventos.

»La confiscación de los bienes del clero, atacando el derecho de propiedad, lleva sobre sí el castigo de toda acción revolucionaria, marchando siempre acompañada del tumulto, del pillaje á mano armada, de la cólera del vencedor, de la sangre del vencido, cuando reducido á la desesperación el oprimido, quiere defender su propiedad, ó que si bien desprecie los bienes de esta vida terrenal rehuse la negociación de su fé y de su conciencia. Un gran número de eclesiásticos reprodujeron las grandes lecciones de la primitiva Iglesia, dejando obrar á la justicia de los hombres, y entregando sin murmurar todo cuanto podía excitar su codicia. Escuchemos los himnos de victoria de los historiadores protestantes.

»En Brema, ciudad de la Baja Sajonia, los vecinos orga-

nizaron una mascarada, representando el papa, cardenales y monjes; y no contentos con esto, hicieron una hoguera en la plaza, donde se ejecutaba á los reos, y á ella fueron arrojadas todas estas personificaciones católicas, entre bulliciosa algarabía, y copiosas libaciones y brindis por la ruina del papado.

»En Zwick, el martes de carnaval, colocaron en la plaza unos lazos de cazar liebres, donde eran cogidos los monjes y monjas que corrían perseguidos por los estudiantes. No lejos de aquel lugar se alzó la imagen de san Francisco, adornada con plumas de gallo. El historiador se congratula de esta burla horrible, como si fuera una victoria, terminando el relato de esta jornada con estas cínicas palabras: «Así cae el papismo en Zwick; así brilla por fin la luz del Evangelio.» El mismo cuenta que una turba de gentes de la ciudad se lanzó á uno de sus conventos, y rompiendo las puertas arrebató sus tesoros, arrojando los libros por la ventana, y haciendo pedazos los cristales. La autoridad pública permaneció entre tanto con los brazos cruzados, impasible y sin impedir tales atentados.

»En Stralsund, un día ciertos malvados se confabularon para arrojar á pedradas á los religiosos y monjes de sus conventos; y habiendo llegado el duque, que estaba ausente, se apoderó de los bienes de los desamparados, á *mayor honra y gloria de Dios*.

»En Elemburgo el palacio episcopal fué presa del vandalismo por muchas horas, y uno de los estudiantes, actor de este drama, que excitó la risa de las turbas, vistiendo los hábitos sacerdotales montó en un pollino, y se introdujo así montado en la iglesia.

«Alguna vez leyendo á tan malhadados narradores, creo uno estar oyendo una verrina de Ciceron... El procónsul de Sicilia no es más ingenioso que el duque Juan de Sajonia despojando un monasterio. Algunos dias antes de marchar á campaña hizo venir los registros de la casa conventual, y á los pocos dias marchó con una fuerte columna, y llegando, y habiendo hecho se le presentase el abad, el duque con el registro en la mano le hizo entregar los caudales anotados: en Rostock, por ejemplo, se presentan los señadores en traje de ceremonia, y en nombre de la ciudad toman posesion y sellan los objetos usurpados. En Magdeburgo el consejo de magistrados consulares fué más clemente, y oponiéndose al pillaje, decretó que los monjes pudiesen durante su vida vivir en sus celdas, y que continuasen alimentándose de las rentas de la casa, *con la condicion de que dejasen los hábitos y abrazasen la Reforma...* Muchos religiosos prefirieron el destierro y la miseria á la aceptacion del *evangelio luterano*. Estas son las conquistas con que la Reforma puede envanecerse...

«Osiander, (Ecolampadio, y tantos otros reformadores le echaron en cara (á Lutero) entonces la rebellion y las desgracias de los habitantes de la Turingia. Nosotros al presente no hacemos más que apelar al testimonio de sus mismos discípulos: en sus libros es donde en cada página hallamos un ataque brutal contra los obispos, un grito de furor contra los sacerdotes, la santificacion del robo, la glorificacion del rapto. Los textos son formales: no se dirá que son invencion nuestra (1).»

(1) Mr. Audin, cap. xxvii.

Los enemigos de la Iglesia son lo mismo en todas partes, lo que prueba suficientemente que el odio que profesan al catolicismo nace no de un detenido exámen de sus doctrinas (si lo hiciesen con imparcialidad otra seria su conducta), sino de la codicia unida con la soberbia.

El cuadro que nos ha presentado delineado con tan vivos colores Mr. Audin, tiene muchos puntos de comparacion con lo que hemos presenciado en nuestra España en la mayor parte de lo que va corrido del siglo.

Por mucho tiempo no se pudo hablar de protestantismo en nuestra patria: el abrir paso franco á la herejía luterana como á las demás sectas y religiones estaba reservado á los hombres que echaron por tierra una monarquía secular que decian estaba rodeada de vicios, para establecer otro órden de cosas en que á los vicios se uniesen los crímenes: estaba reservado para los ambiciosos que supieron alucinar al pueblo, para exclamar despues de verse elevados á las alturas del poder: *¡Qué cándido es el pueblo!* Sin embargo, años hacia que el protestantismo llevaba á cabo grandes trabajos de zapa que al fin han producido si no el todo, parte de lo que se proponia. Despues de haber leído las líneas que hemos reproducido de Mr. Audin, recuerde el lector los acontecimientos que tuvieron lugar en España por los años de 1835 y 36. Habla el historiador francés de los sacrílegos atentados cometidos en Zwick y dice: «La autoridad pública permaneció entre tanto con los brazos cruzados, impassible y sin impedir tales atentados.»

Una turba del populacho de Madrid se arrojó sobre los conventos en la época que acabamos de citar, y en unos por



odio y en otros por codicia asesinaron á sus pacíficos moradores haciéndose dueños de cuanto encontraron en ellos. Para buscar un pretexto se cundió que los religiosos habian envenenado las fuentes públicas, achacando á esto el que la muerte hiciese tantas víctimas por aquellos dias, como si se ignorase que el cólera-morbo asiático era el que habia tomado á su cargo el diezmar las familias. La sangre más inocente corria por el pavimento de los conventos, y los que salian del de San Francisco el Grande donde habian robado las arcas de los Santos Lugares de Jerusalem, sacaban en sus manos los cartuchos del dinero y los mostraban á los de fuera diciendo: «¡Hé aquí el veneno! ¡hé aquí el veneno!» Y las autoridades lo sabian y permanecian cruzadas de brazos, y la tropa que ocupaba la plaza de San Francisco tenia orden de no molestar á nadie, porque aquello era un *desahogo popular*: ¡palabras textuales que salieron de los labios de un ministro de una reina católica! Ya ha dado cuenta ante el tribunal de la divina justicia. Desde entónces acá cuántos pretextos no se han ido buscando por los gobiernos que se han sucedido para acabar de empobrecer á la Iglesia apoderándose de todos sus bienes! «La confiscacion de los bienes del clero, atacando el derecho de propiedad, nos ha dicho Mr. Audin, lleva sobre si el castigo de toda accion revolucionaria, marchando siempre acompañada del tumulto, del pillaje á mano armada, de la cólera del vencedor, de la sangre del vencido, cuando reducido á la desesperacion el oprimido, quiere defender su propiedad, ó que si bien desprecie los bienes de esta vida terrena, rehuse la negociacion de su fe y de su conciencia.» ¿No ha sucedido

esto en nuestra desgraciada patria? ¿Pueden reducirse á guarismos los tumultos, los excesos á mano armada que ha llevado á cabo el pillaje, desde el momento en que empezó esa guerra satánica contra la Iglesia? Es indudable que se ha trabajado con asiduidad por sembrar la desmoralizacion y la corrupcion en el pueblo, para que fuese despues materia dispuesta á aplaudir cuantos robos sacrilegos se han hecho, y aun que ayudasen de un modo ú otro á verificarlo. ¿Y el resultado? Se enriquecieron los déspotas de los que el pueblo fué instrumento, y este muere de miseria, sin tener ni aun el recurso de buscar remedio en la caridad de los ministros del Señor porque estos mendigan como los demás. Lo repetimos: en todas partes son iguales los enemigos del catolicismo. ¿Y por qué? Porque tan sólo lo son los hombres que no tienen más amor que á los placeres y á los bienes terrenales.

## CAPÍTULO VIII.

Variaciones de los protestantes.—Los nuevos apóstoles del protestantismo en España.—Sacramentarios.—Zuinglio.—Anabaptistas.—El protestantismo no puede ser importado en España.—Entra libremente en Suecia y en Dinamarca.—Inconsecuencia de Lutero.—Cisma de Inglaterra.

Apénas apareció el luteranismo en el mundo empezó á dividirse en multitud de sectas diferentes. No podía ser de otro modo. El privilegio de la unidad está reservado al catolicismo, porque el catolicismo es la verdad. El mismo *credo* recita el más humilde católico de las regiones más apartadas de Roma, que el Jefe supremo de la Iglesia que mora en el Vaticano. Es que el catolicismo es hijo del cielo, que fué fundado por el Hijo de Dios hecho hombre, razon por la cual no ha tenido ni tendrá variacion. El luteranismo ó protestantismo, pues por ambos nombres es conocida la Reforma, es hijo de la mentira, y de aquí la diversidad de sectas en que se halla dividido.

Vivia aun el pérfido apóstata Lutero cuando ya empezaron á aparecer esas divisiones, pretendiendo cada una de las

sectas estar en posesion de la verdad, y no se necesita por cierto una capacidad privilegiada para comprender que todas ellas viven en el error. Volvemos á repetir lo que ya una vez hemos dicho; á saber, que no concebimos cómo una persona de buena fe y de regular criterio puede vivir tranquila en la profesion del protestantismo cuyo origen es tan asqueroso, pues parte de una miserable apostasia engendrada por la soberbia. El mismo Erasmo, en un momento de lucidez no pudo ménos de exclamar: «Gana da de reir, al considerar estos noveleros, cuando se comparan con los apóstoles de Jesucristo; cuando se envanecen de anunciar al Señor, de proclamar la verdad, de difundir el gusto por las bellas letras, etc.» Así decimos á nuestra vez: Ganas nos dan de reir al escuchar esos nuevos apóstoles del protestantismo que desde el movimiento de setiembre y bajo el amparo de las nuevas leyes, que sea dicho de paso, permiten todos los cultos, y oprimen al catolicismo que es la religion de la inmensa mayoría del pueblo español, han aparecido entre nosotros. Jactanciosos se presentan queriendo ser reputados por maestros de la verdad, cuando no son otra cosa que profesores de la mentira. ¡Pobres gentes! Sin examen de ninguna clase ni criterio para distinguir el bien del mal, han abrazado una causa que les pierde porque se han convertido en emisarios de Satanás. Empero reanudemos el hilo de nuestra narracion.

La historia de la Iglesia referirá la desgraciada pérdida de Rodas, en la que pusieron á prueba su valor los caballeros de San Juan de Jerusalem, sin que hubiesen podido evitar el que cayese en poder de Soliman, merced á una pérdida